

Aguantar con el cuerpo: Masculinidad, trabajo y consumo de sustancias en el campo mexiquense.

Anabel Flores Ortega ¹

Introducción

En los campos del Estado de México, entre sur-cos, huertas y cerros, los días comienzan mucho antes de que salga el sol. En San Matías Cuijingo, la jornada inicia con el cuerpo en movimiento: se alistan las herramientas, se preparan los animales, se recogen los costales. No hay tiempo para preguntarse si se quiere o no; hay que hacerlo. Porque, el cuerpo campesino no solo trabaja: aguanta. Aguanta el frío de la madrugada, el calor implacable del mediodía, la fatiga acumulada, las expectativas familiares, y sobre todo, el mandato persistente de “cumplir como hombre”. Desde muy jóvenes, muchos varones aprenden que ser hombre no es algo que se diga, sino algo que se demuestre (Flores, 2021). Y se demuestra con el cuerpo: sembrando sin descanso, cargando sin quejarse, madrugando cada día sin excepción. El trabajo agrícola no se vive únicamente como fuente de ingresos, sino como escenario donde se forja la identidad masculina. El cuerpo se vuelve medida de valor, símbolo de resistencia y vehículo de pertenencia social. En esta lógica, el riesgo y el desgaste físico no se interpretan como problemas, sino como pruebas necesarias para validar la hombría, el peligro se normaliza y se entreteje con las nociones de masculinidad, al punto de ser parte del mandato de género que obliga a los hombres a “aguantar” sin cuestionar (Parra, 2016).

¹ Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM. Este artículo se elaboró en el marco del Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM, con sede en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), bajo la asesoría de la Dra. María Lucero Jiménez Guzmán.





Pero ¿qué ocurre cuando ese cuerpo comienza a quebrarse? ¿Qué pasa cuando la espalda ya no responde, cuando el dolor o la tristeza se hacen constantes? En un entorno donde hablar de emociones sigue siendo difícil, donde expresar vulnerabilidad se interpreta como debilidad, muchos hombres recurren a estrategias silenciosas para seguir en pie. Una de ellas, frecuente pero poco comprendida, es el consumo de sustancias psicoactivas.²

Lejos de la mirada moralizante que reduce el uso de drogas a “vicio” o “desviación”, los relatos de los campesinos revelan otro sentido: el alcohol como alivio momentáneo para el dolor físico o emocional, la marihuana para calmar la

ansiedad, el cristal para soportar jornadas que de otro modo serían imposibles. No se trata de romper con la comunidad, sino de sostenerse dentro de ella. De seguir cumpliendo, de seguir aguantando.

Este texto se basa en una investigación cualitativa que combina la observación etnográfica con ocho entrevistas a profundidad realizadas a campesinos de la comunidad de San Matías Cuijingo, Estado de México. A través de sus voces, se busca explorar los vínculos entre cuerpo, trabajo, masculinidad y consumo de sustancias. No con el objetivo de juzgar, sino de comprender. No para etiquetar, sino para abrir preguntas. Porque detrás de cada cuerpo que se esfuerza en el campo, hay una historia que merece ser contada con respeto y sin prejuicios.

Sustancias como estrategia de aguante

Más allá de lo que suele pensarse desde fuera, el consumo de sustancias entre campesinos no irrumpe en la vida del campo: la acompaña. Está ahí, no siempre es un secreto ni un drama. A veces es una cerveza compartida que alivia el cuerpo rendido; otras, una fumada tranquilizadora para poder dormir o calmar los nervios. Son prácticas que, aunque implican riesgos, se insertan en la misma lógica del trabajo: seguir, rendir, aguantar. Así el consumo de sustancias puede adquirir una función práctica: sostenerse ante la adversidad, no colapsar (Bourgois, 2003). En el campo mexiquense, esa misma lógica se encarna en cuerpos que, aun agotados, buscan cumplir con el mandato del aguante. Por eso, más que una ruptura, muchas veces el consumo es una forma de continuidad. De continuar cumpliendo, de seguir cuidando a la familia, de mantenerse en pie, aunque sea a costa del propio bienestar.

En Cuijingo, como en muchas otras comunidades rurales y semirurales, estas prácticas no

son vistas como algo fuera de lugar. Se entrelazan con los ritmos del día a día, con el compañerismo y los silencios que también forman parte del campo. En las pláticas durante el almuerzo, en los trayectos al terreno o al final de la jornada, el tema aparece con naturalidad. No es algo de lo que se alardea, pero tampoco algo que se esconda. Para muchos hombres, lo que desde fuera puede parecer una señal de quiebre, en realidad es una manera de sostenerse: de seguir funcionando, de no fallar. Las sustancias se vuelven una forma silenciosa pero eficaz de resistir. No son ajenas a la comunidad; están presentes en los cuerpos que todos los días se levantan a sembrar, a cargar, a aguantar.

Y es precisamente el cuerpo el que ocupa un lugar central en estas historias. “La espalda ya no aguanta”, “me truena la cadera”, “me andaba desmayando”, dicen los entrevistados. El cuerpo se convierte en la manera de decir lo que no siempre se puede poner en palabras. Es el lugar donde se inscriben los esfuerzos, el cansancio, la presión de cumplir. Ese cuerpo

que desde afuera se asocia con fuerza, dentro de la comunidad también es escenario de desgaste. Y cuando ese cuerpo empieza a fallar, cuando ya no responde como antes, también puede abrirse un espacio pequeño, frágil, pero real para imaginar otras formas de estar y de cuidarse.

El cuidado también es masculino

En los relatos de los campesinos, asoman momentos de inflexión: una caída, una enfermedad, el nacimiento de un hijo. Son eventos que cuestionan la lógica del “aguantar siempre” y abren la puerta a nuevas formas de cuidarse. Algunos hombres intentan dejar el consumo. Otros lo moderan. Otros buscan ayuda. No es fácil: pesa el estigma, el miedo al juicio, la falta de espacios de escucha. Pero también existen vínculos que impulsan estos cambios: una pareja que pone límites, una madre que cuida, un amigo que escucha.

Las prácticas de salud no son individuales,



sino también son sociales (Menéndez, 2010). Para entender el consumo de sustancias en el campo hay que mirar más allá del estigma. Hay que ver las historias detrás: los cuerpos que duelen, las emociones contenidas, la presión social de cumplir con un ideal de masculinidad inquebrantable. Los discursos moralizantes solo refuerzan la exclusión y dificultan soluciones efectivas (Cohen y Amon, 2008). Por eso, más que señalar, lo que hace falta es escuchar. Y reconocer que el cuerpo también se cansa, también merece descanso y alivio, es una forma de acompañar al campo



con dignidad. ¿Qué pasaría si, en lugar de exigir más aguante, empezáramos a construir espacios donde también se valore el descanso y el cuidado?

Conclusión: resistir también es cuidarse

El consumo de sustancias entre hombres del campo, como los de San Matías Cuijingo, no es fácil de entender desde afuera. Mucho menos si se mira solo con juicio o desde ideas hechas sobre lo que está bien o mal. No se trata simplemente de un “vicio” o de un problema individual. Es algo que se enreda con el cansancio del cuerpo, con la presión de cumplir, con el silencio al que muchas veces obliga la vida rural.

Los cuerpos de estos hombres dicen más de lo que se cuenta. Son cuerpos que trabajan sin parar, que aguantan el peso del día, el calor, el dolor, pero que también se quiebran. Y cuando eso pasa, cuando ya no se puede más, las sustancias aparecen como una forma de seguir adelante. No son un escape en el sentido fácil, sino una manera de resistir cuando todo lo demás exige aguantar.

Aun así, en medio de todo eso, también se abren espacios para el cuidado. A veces es un momento de descanso, una conversación con alguien cercano, una decisión difícil de hacer cambios. Aunque no siempre se diga en voz alta, hay hombres que piensan en cuidarse, que buscan otras maneras de estar, que intentan dejar o bajar el consumo cuando algo importante los mueve.

Por eso, más que señalar, lo que hace falta es escuchar. Escuchar sin prejuicio, con respeto. Porque detrás de cada historia hay alguien que ha trabajado duro, que ha guardado muchas cosas, que busca seguir cumpliendo como puede. Y reconocer eso, reconocer que el cuerpo también se cansa, también merece descanso y alivio, es una forma de acompañar al campo con dignidad.

Referencias

Bourgois, Philippe (2003). *En busca de respeto: Vendiendo crack en Harlem*. Madrid: Siglo XXI Editores. (Título original: *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, 1995)

Calvario Parra, José Eduardo (2017). "La construcción social del peligro y el género en los jornaleros agrícolas del poblado Miguel Alemán, Sonora". *Revista Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, Ciudad de México, Vol. 35, No. 103, pp. 447–474.

Cohen, Jonathan & Amon, Joseph J. (2008). "Health and human rights concerns of drug users in detention in Guangxi Province, Chi-

na". *PLoS Medicine*, Public Library of Science, San Francisco, Vol. 5, No. 12, e234.

Flores, Anabel (2021). "Señor dame la fuerza": significados del juramento para dejar de beber en la construcción de ser hombre en San Matías Cuijingo. Tesis de Doctorado, Universidad Autónoma de Baja California. UABC, Mexicali.

Menéndez, Eduardo L. (2010). "Modelos de atención de los padecimientos: de exclusiones teóricas y articulaciones prácticas". *Revista Argentina de Antropología de la Salud*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Vol. 1, No. 1, pp. 7–20.

